

## Proemio para un homenaje

“... ¿NO OS parece a vos que es prudencia  
saberse hombre aprovechar de lo que oye, ve  
y estudia, siendo aquel el verdadero fruto del  
trabajo?”

JUAN DE VALDÉS, *Diálogo de la lengua*.

Adecuadas, las palabras del conguense preclaro, a la aproximación del momento que, por medio de estas páginas, queremos celebrar en justo, en cálido homenaje. Que si también en eso estriba la prudencia, prudente indiscutible ha sido don Ambrosio Rabanales en su quehacer científico, no interrumpido, de más de cuarenta años.

En estas ocasiones de homenaje, uno trata de instalarse —observador anhelante— en la mejor elevación para el encuentro de la perspectiva más abarcadora. ¿Qué significa este espacio vital? ¿En dónde se instala este punto de la historia? ¡Qué certeras resuenan las palabras de esa verdadera autobiografía espiritual: *Origen y evolución de mis modelos lingüísticos*!<sup>1</sup> Allí están las cifras inequívocas para el sentido de esta trayectoria que, con motivo de su sexagésimo aniversario, el Departamento de Lingüística y Filología ha querido recordar. Comparecen en ella los maestros Eugenio González, George Nicolai, Oscar Marín, Pedro

<sup>1</sup> En *Actas del 1er. Simposio Bienal de Académicos de Lingüística y Filología (13-14 de diciembre de 1979)*, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1981; pp. 28-74.

León Loyola, quienes, junto a Rodolfo Oroz y Claudio Rosales, hablan por sí mismos de una historia sólida en los valores éticos del pensamiento, latidos de la continuidad y de la persistencia. Tradición que se perpetúa al renovarse.

Uno no sabe en qué consiste exactamente una existencia memorable, celebrada hoy por amigos, colegas y discípulos. Memorable, por cierto, el avance fluido, coherente, de un pensamiento que ha asumido, sin apresuramientos, todas las etapas de la ascesis científica, desde la purgativa de la inmanencia severa hasta la unitiva del reencuentro totalizador de la "neotranscendencia", como Rabanales la denomina. Memorable, sin duda, ese entregarse misionero a las generaciones jóvenes con afán no claudicante por fomentar la disciplina científica, el rigor intelectual, la seriedad metodológica, en pródigo regadío de hortelano. Y en cuántas otras "cosas" podrían sentarse los fundamentos para la *memorabilia* de este hombre: cuarenta años de fidelidad académica a la Universidad de Chile, la que —a pesar de las estimulantes voces del extranjero— no ha querido abandonar; permanente formador de discípulos y cultivador de vocaciones lingüísticas; instigador de investigadores; autor de innumerables y bien fundados estudios, señaladores de rumbos; fundador de la Sociedad Chilena de Lingüística; conferencista de lustre; destacado expositor en congresos y reuniones científicas internacionales... "Cosas", entidades acumulativas para la biografía anecdótica. Pero... ¡cómo necesitamos de estos objetos del recuerdo para ejercer el sagrado derecho de *con-memorar!*

Prefiero, por ahora, olvidar un anecdotario suficientemente conocido. Me infunde respeto, simplemente, un quehacer, un esfuerzo estricta y dolorosamente unitario, que confluye en conoci-

miento transparente. Humanidad es el hallazgo. Humanidad es la meta, el nombre conseguido de los nombres de Juan Ramón. Humanidad, el método y el universo. Emociona escucharlo, al cabo de cuatro décadas de intensa energía, en confesión de trivial apariencia: “sigo pensando que la lengua es un instrumento creado por el hombre y para el hombre”<sup>2</sup>. O cuando evalúa el estructuralismo saussureano: “no es más que un macroatomicismo, pues desconecta la lengua del hombre de ‘carne y hueso’...”<sup>3</sup> Puesto que su estructuralismo —funcionalista, es justo decir—, aquel al que ha dedicado las horas de desvelo, constituye un orden de contenidos que exceden con mucho los marcos de cualquiera orientación parcializante: “para mí el estructuralismo no sólo es una manera de enfocar el lenguaje, sino más que esto: una manera de concebir el mundo, la misma con la que uno se encuentra en más de una corriente filosófica oriental, por la mayoría de las cuales he tenido siempre una gran admiración”<sup>4</sup>. No es extraño, entonces, que reconozca en Coseriu al “autor del que sin duda alguna más he aprendido”<sup>5</sup>. En ese mismo Coseriu que, en 1977, con el reposo sólido de la sabiduría de los siglos, reúne un conjunto de estudios bajo el sereno título de *El hombre y su lenguaje*, en donde diseña con trazo magistral el consistir del objeto y la disciplina: “su título corresponde... al tema general del libro, que es el de la humanidad del lenguaje, con todo lo que ésta implica, directa o indirectamente. Con respecto al lenguaje mismo, su humanidad implica, directamente, su complejidad y su esencial variedad; complejidad y variedad justificadas por su mismo sentido unitario (lo cual no constituye ninguna paradoja). Con respecto a la lingüística, la humanidad del lenguaje implica, indirectamente,

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 42.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. 62-63.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 69.

la necesidad de estudiarlo desde múltiples puntos de vista y, por ende, la complementariedad de las varias disciplinas lingüísticas así como de los varios enfoques teóricos y metodológicos que les corresponden en cada caso (lo que no significa ningún eclecticismo)”<sup>6</sup>.

Más que producto, *fruto* me parece palabra cabal para definir esta vocación. En frutos, con toda la carga hedonista que conlleva su contenido de “producto deleitoso”, ha consistido la existencia de don Ambrosio. Y dentro del ordenamiento semántico del verbo latino *fruí*, encuentro la luminosidad para delinear, en basta pincelada, los perfiles de su biografía. En *fruición humanista* ha discurrido y discurre su pensamiento. Producción deleitosa, encarnación de *saberes* —que son *sabores* del alma— en torno a la manifestación lingüística, pura epifanía del espíritu.

Saber y “bien fazer”. Fruición y fruto. Ya Don Sem Tob, en sus *Glosas de Sabiduría*, privilegiaba estas dos virtudes como las únicas de pureza moral, exentas de contradicción:

Sin tacha son falladas  
dos costumbres señeras;  
amas son igualadas,  
que non han compañeras:

la una es saber,  
la otra bien fazer;  
quequier éstas aver  
es conplido plazer.

<sup>6</sup> En *El hombre y su lenguaje*, Madrid, Gredos, 1977; p. 10.

---

Aquí están, pues, estos testimonios del aprecio y el reconocimiento por un pensar y un quehacer de la más nítida coherencia. *Monumentum aere perennius.*

ALFREDO MATUS OLIVIER  
Director del Departamento de  
Lingüística y Filología